

Los Puentes

Relato

(c) Daniel Migone - Reg. de la Propiedad Intelectual 24456 - Julio de 1999

1811

Partió al galope, excitado, urgido por el tiempo y el temor a ser atrapado con la documentación que llevaba. No le costó cruzar las líneas españolas; su aspecto indudablemente peninsular, su capa larga de gran cuello, su sombrero planchado con el ala plana - a la usanza del país - y el enjaezado del caballo, no delataban que hacía ya tres meses que había desertado, sumándose a las tropas francesas que aunque mantenían a raya al indisciplinado ejército español, comenzaban a sentir el desencanto de una guerra absurda.

Galopó furiosamente en dirección sur, atento a los accidentes del camino y sin prestar demasiada atención a los pensamientos que pugnaban por ocupar su mente.

Casi tres leguas después de haber dejado atrás el peligro de las líneas enemigas¹, se animó a soltar riendas y descansar en la montura, aflojando el vertiginoso manoteo de su cabalgadura.

Recién entonces, prestó atención a sus dudas. Lo alcanzaría?, Podría reconocerlo?, Sabría convencerlo?, y aún convenciéndolo, sería confiable?. Muy poco le habían hablado del aspecto físico del joven oficial, aunque mucho sabía de su historia y moral. Sabía, por ejemplo, que era taciturno, poco afecto a las sorpresas y muy profesional. A esto apostaba él, a su profesionalismo. Imaginaba que un tipo así sabría decir que sí o que no, y su sí o su no serían claros y definitivos. Dirá que sí, en eso me empeño; pensó, y azuzó otra vez al caballo.

Aguado² era de los pocos que se habían animado a pasar al enemigo en calidad de espías, a cambio de una fuerte suma en metálico y un importante grado militar, situación ésta que lo había puesto en buena forma para encarar algunos muy rentables y no demasiado

legales negocios en las fronteras entre ambos países. Pero, para su desgracia y cansancio, a veces (como en este caso) debía ganarse lo cobrado cumpliendo con algún riesgo encargo de índole política.

No es que a él le interesara la política; para nada, sólo le importaba el dinero. De todas maneras, le era menos antipático el trato y organización de los franceses que la complicada y estúpida forma de ver la vida de los convulsionados españoles. Luego de este encargo, se las ingeniaría para escabullirse por algún tiempo y así poder atender los altibajos de los precios y las mercaderías en ambos lados de la línea divisoria entre la Francia y la España de 1811.

Al galope corto, y resollando, avanzó por el camino de grava que, a la vuelta del recodo, le enfrentaría con la posada marcada en el sucio papel que llevaba por mapa.

“Por qué no habrá estado en el frente, en lugar de salir en comisión, el mequetrefe este...” Pensaba. *“...Bueno, en realidad, mejor así. Esto me va a permitir “ahuecar” por un tiempo...”*. (No se daba cuenta que todos sus pensamientos eran en español). *“... los dos días que me dieron no me alcanzan para cumplir con el encargo y llegar hasta Bayona, para volver desde allí a San Sebastián... Veremos.”*

Las últimas luces del día recortaron la familiar silueta de la posada.

“Vaya... Bravo por los españoles que construyen todas sus posadas exactamente iguales... así uno no se equivoca...”.

Tranquilo y al paso, se acercó al camino de acceso aflojando los botones de su capote y levantando su ardido trasero de la montura.

Desmontó y avanzó hacia la entrada portando el voluminoso cartapacio y la alforja con sus enseres personales.

Abrió la puerta y pasó al amplio ambiente de recepción, vacío a excepción de un sillón de madera y la recargada columna que daba inicio a la escalera. A su izquierda, la taberna, de donde salían risas y gritos de varios hombres bebiendo.

A la derecha, las amplias puertas del comedor, iluminado pero silencioso.

Torció a la izquierda, empujó la puerta vidriada, quitándose el sombrero, y se dirigió seguro al alto mostrador.

Nadie dio señales de reparar en él.

El posadero se acercó ceñudo, inquiriéndolo con la mirada. Aguado cuchicheó algo en voz baja y el cansado patrón, indiferente, le señaló el comedor al otro lado de la entrada.

Giró y volvió al vestíbulo, encarando decididamente hacia el comedor. Abrió la puerta y dejó el equipaje sobre una mesa vacía.

En otra mesa, cerca del ventanal, terminaba de comer un hombre solo, y atendido por una solícita criada de la casa.

Era joven (alrededor de 30 años), flaco, muy morocho, nariz prominente y aguileña a cuyos lados se montaban unos ojos negros, brillantes

“No exentos de pasión” -pensó Aguado, y perdidos en un paisaje infinito que sólo él veía. Vestía con un impecable uniforme militar que ostentaba las insignias de teniente coronel de caballería, y recibía las atenciones de la criada con amabilidad pero sin sonrisas.

Aguado lo miró brevemente mientras acomodaba sus cosas y pensó en la mejor manera de abordarlo. *“Parece uno de esos tipos que no se andan con vueltas... Vamos derecho, entonces...”*

Se aproximó directamente, portafolios en mano, sintiendo (vaya uno a saber por qué) que la vida de los dos se iba a entrecruzar muy sólidamente a partir de ese instante.

- Perdón - dijo, mirándolo fijamente. - No es mi costumbre abordar a nadie así, pero las circunstancias lo exigen. Mi nombre es Alejandro Aguado y tenemos algunos amigos en común...

El otro le clavó la mirada y sin demostrar perplejidad o desagrado se quedó esperando que continuara.

“No es guarango -pensó Aguado-, bien...”.

- ... Carlos María de Alvear, por ejemplo... -y esperó.

- Sí? - dijo el otro - Le conoce Usted?

- Bueno... - comenzó Aguado - no personalmente, pero tengo entendido que Usted sí...

El oficial lo escrutó de arriba a abajo y se demoró unos instantes.

- Sí... nos hemos visto.

- Bien... puedo sentarme?...

- Explíqueme primero esta impertinencia, señor....

- Aguado...

- ... Aguado.

Caray! El mequetrefe era precavido y desconfiado. Peor para él.

-Estoy comisionado a entregar a Ud. un mensaje...

-De quién? - Preguntó el oficial clavándole la mirada.

- Bueno - Titubeó Aguado - Primero debemos hablar

- Sea más claro o retírese - Disparó el otro

Aguado, molesto, contraatacó.

- Mire, teniente coronel, no he recorrido veinte leguas a lomo de ese terco matungo para verle a Usted aquí y tener que presentarle más documentos que mi palabra de cofrade...

Al oír esto, el militar se envaró y sin más gesto señaló al otro la silla de enfrente.

- ... Gracias - dijo Aguado y se sentó.- No tengo mucho tiempo y lo que me trae es importante...

- Diga.

- Sé que Usted conoce al teniente Alvear, también sé que Usted es oriundo de América, como él, y que ambos andan coqueteando con no sé qué sociedad secreta que los trae un poco de la cabeza...

- Hmmmm...

- No es verdad?

- Más o menos..

- Más, o menos?... Mi querido San Martín, yo y Usted sabemos que es totalmente cierto...

- Si Usted lo dice...

- Ya me habían hablado de su discreción, y colijo que es una de las razones que tienen para elegirlo para esta misión.

- Quién tiene?... Qué misión?... De qué habla?... Explíquese.

- Usted y su regimiento partirán hacia Cádiz en un par de días, y es necesario que, con sumo secreto, entregue Usted esta documentación a Alvear.

- Por qué habría yo de hacer eso?

- Por dos razones. Porque es Usted el único que puede hacerlo, y por dinero...

San Martín se estremeció levemente y frunció el ceño.

- Caramba - dijo Aguado - Qué le molestó?... lo del dinero?... Vamos, hombre, hoy en día nadie hace nada gratis.

- Depende...

- Ah!... era eso... Me han autorizado a pagarle trescientos pesos fuertes por el servicio.

- Eso es mucho dinero...

- Lo vale... su discreción lo vale...

- Me huele a intriga y traición, y nada paga una traición Dijo esto muy serio y mirándolo duramente a los ojos.

Aguado, lejos de sentirse incómodo, agradeció internamente la circunstancia de encontrarse con alguien tan honesto. Ahora sabía, (su intuición de comerciante se lo decía), que iba a conseguir todo del joven, y rápido. Quizás hasta gratis. Al mismo tiempo sintió un leve aprecio por el hombre que tenía enfrente, y contestó la mirada clavando sus ojos zarcos en las negras y frías pupilas.

- Nadie le pide que traicione a nadie.

- Explíquese, entonces.

- Vea, San Martín. Aquí hay una muy completa documentación secreta - Mientras hablaba, abrió el portafolios y sacó un grueso paquete encintado y lacrado por ambos

lados - que habla de temas que de seguro a Usted y a sus amigos van a interesar muchísimo... No puedo abrir el sobre, y Usted tampoco podrá hacerlo, pues debe llegar intacto a manos de su destinatario. Pero sí puedo darle un resumen verbal de lo que dice y rogarle, al final, que cumpla con lo que se pide.

- No me ha dicho todavía quién lo pide... Quién envía semejante documento...

- Ya lo sabrá. Lo hará?

- Aún no lo sé.

- Es Usted algo duro, teniente coronel - Aguado sonrió y sirvió una buena porción de vino de la jarra en el vaso del comensal, sin dejar de sonreír, empujó el vaso y lo bebió de un trago. Luego, secándose los labios con el dorso de la mano dijo:

- Bien. Aunque no tenemos mucho tiempo, ya que yo debo regresar inmediatamente a mi gente -mintió- y Usted parte al alba a reunirse con su regimiento, le voy a trazar un resumen de lo que aquí se dice, y Usted juzgará...

- Apure, señor Aguado...

Antes de hablar, esbozó una sonrisa socarrona.

- Coronel... coronel Aguado...

A duras penas pudo San Martín disimular su sorpresa. Se inquietó un poco, pero pudo recuperarse enseguida.

- Disculpe, coronel...

- No se afane, querido amigo. Soy coronel, sí, pero del ejército de Francia, su enemigo...

Aquí la sorpresa fue mucho mayor, y por todo el cuerpo le corrió un escalofrío advirtiendo a todos sus músculos la eventualidad de una acción que nunca llegaría...

- Ja! ja!... mi querido capitán!! se ha puesto Usted colorado...

- Odio las sorpresas... y odio las burlas, máxime si son a mi costa...

- Créame que no he querido burlarme de Usted. Por el contrario. Quién me ha dado este encargo se cuidó muy bien de asesorarme en su decencia, profesionalismo y sentido del deber. Si escondo mi condición debajo de estas ropas de paisano es porque soy un espía profesional deambulando por territorio enemigo, y Usted es un soldado que podría apresarme y hacerme fusilar aquí mismo y en este instante, si quisiera.

- No... no haría eso... no en este momento...

- Lo sé, porque también sé que es Usted un hombre de honor... A propósito, no he comido nada en todo el día... Le importaría?...

- No, en absoluto - Alzó su mano derecha chasqueando los dedos e inmediatamente apareció la criada - Un plato de guiso para mi amigo, vino, pan... y otro vaso - agregó sonriendo.

Aguado aprovechó la estratégicamente colocada interrupción para ordenar sus pasos siguientes. Estaba frente a un hombre íntegro pero ingenuo, suave pero inteligente, serio pero amable. Era seguro que aceptaría, pero tendría que apelar a toda su astucia para convencerlo. No, no era un tipo peligroso. Definitivamente podría confiar en él.

San Martín también aprovechó el momento y repasó velozmente sus pensamientos mientras miraba fijamente a Aguado. Tenía ojos celestes, saltones y movedizos; su pelo era rojizo y lacio y su piel muy blanca y tachonada de pecas rosadas y moradas. Las manos, en constante movimiento toqueteaban y tamborileaban sobre el misterioso paquete, demostrando ansiedad, apuro.

Siendo un hombre parco y observador, José hacía ya mucho tiempo que había aprendido a leer el lenguaje del cuerpo. Era muy difícil engañarle, y lo que más le atraía del personaje que tenía enfrente era la coherencia que presentaba entre lo que decía y lo que su cuerpo comunicaba. Decidió jugar fuerte. Se echó hacia atrás en la silla y sonrió levemente.

- Qué negocio urgente le mueve a apurarme así, señor Aguado?

El otro pegó un respingo, sorprendido.

“*No es ningún idiota el indiano éste*” pensó y se recompuso inmediatamente. Lo ponía en evidencia, y al mismo tiempo le había enviado un mensaje de tranquilidad. Al llamarlo “señor” le había otorgado un salvoconducto a su condición de espía.

- Ninguno, ninguno - Balbuceó

- Mentiroso, además. - Sentenció José mirando las nerviosas manos de Alejandro.

- Es mi oficio - Sonrió

- Un oficio peligroso, sin duda

- Si

- Traicionar es terrible. Pero, por dinero...

Aguado lo interrumpió secamente

- Quizás, a Usted no le interese el dinero... pero a mí sí... para mí, no hay otro motivo en la vida que cosechar fortuna...

Inmediatamente se sintió extraño. No había querido decir eso. No quiso ser tan íntimo con el joven que lo escrutaba sonriente.

“*Caramba, - se dijo - Me ha hecho decir algo que no quería... no es ningún idiota el indiano...*”

- En fin... Hay algunos negocios que debo atender antes de reincorporarme... -terminó.

- Bien -dijo San Martín señalando la jarra de vino - aliméntese, beba algo, y luego continuamos...

Abrió su chaqueta y extrajo de un bolsillo interior un par de cigarros.

- Fuma Usted?

- No -dijo Aguado.

- Le importa si prendo uno? -preguntó guardando el otro en el bolsillo.

- No, en absoluto.

Mientras José prendía su habano, llegaron las criadas con el servicio. Chupó dos veces y exhaló una espesa bocanada de humo que inundó de dulzón aroma a tabaco toda la estancia.

- Caramba! -dijo Aguado- Hasta el aroma de América le acompaña a Usted.

- Son canarios -corrigió José.

- Disculpe mi ignorancia. No fumo, ni tengo vicios pequeños... Ja! ...Pretendo vivir muchos años, y tengo entendido que eso mata.

- No más que el odio y la mentira.

- Vaya!... Eso es lo que llaman la filosofía del tabaco!... Prefiero un poco de buen rapé.

- También tengo... si gusta... -Dijo San Martín en tono de broma.

- Es Usted un vicioso, coronel - y sonriendo, atacó la comida.

- Es curioso como aún hoy, después de siglos, se sigue asociando al tabaco con América; cuando en realidad son los europeos los que lo convirtieron en un hecho social... o vicio, si Usted quiere...

- Es que de allí vino - sentenció Aguado con la boca llena.

- Sí, pero hace cientos de años...

- Qué son cien años?... Nada... Todo está igual, o casi igual, nada cambia en lo fundamental... no le parece?

- No.

- Epa! ... Categórico el hombre!!

- Sí.

- Es que dije algo que le molestara?

- No, nada. Sólo pienso que ya está bien de rodeos, señor Aguado.- Dijo José recalando especialmente el "señor" - Vaya Usted al grano.

- Sí, claro - contestó, limpiándose la boca con la servilleta - Verá Usted. Como le decía, no puede abrir el cartapacio éste, pero yo puedo (porque sí lo he hecho) hacer un resumen de lo que contiene y confiar en que todo lo que diga quede entre Usted y yo... al menos por ahora... Le interesa la política?

- No mucho... pero siga, siga.

Aguado se encogió de hombros, tomó un sorbo de vino y continuó.

- Hay aquí, un montón de documentos, cartas e informes que demuestran sin lugar a dudas, los planes españoles para sus territorios de América. Estos indican que, frente a la convulsión en la que está sumido el país (España), hay quienes apuestan a abandonar el

barco e instalar el gobierno central en América. México, o más seguramente Lima, serían las capitales de la Nueva España (así la llaman). Esta idea delirante (y el calificativo es mío) viene apoyada en la muy ibérica creencia que franceses e ingleses son idiotas y que van a permitir el control de todas las materias primas americanas por un grupo de trasnochados nobles españoles. Ahora bien, el Emperador, comprometido hasta la médula en otras acciones no puede disponer ni un solo hombre para evitar que esto ocurra...

- El Emperador, como Usted lo llama, es un tirano -interrumpió San Martín.

- ... Eso es relativo... Yo no lo veo así y algún día, quizás, tengamos la oportunidad de discutirlo... Mientras tanto, sepa que el Gobierno de Francia (si prefiere el eufemismo) no puede disponer ningún recurso de guerra en impedir algo que, por otra parte, no es seguro. Por esto, y en una forma hartamente secreta y a pura confianza, está dispuesto a apoyar los movimientos revolucionarios independentistas que se están gestando en América...

Hizo una pausa, más para semblantear a su interlocutor que para tomar un nuevo sorbo de vino.

- ... Miranda en Venezuela, Carrera en Chile y Alvear en el Río de la Plata... son algunos de los elegidos para semejante tarea... -otro sorbo de vino y otro semblanteo.

San Martín fumaba lentamente y esperaba, sin prisa la continuidad del relato.

- ... Estos elegidos, decía, deben estar al tanto de cada uno de los informes, y a la vez conjurarse en logias o grupos secretos que envuelvan a otros que a su vez dejen afuera a los tradicionalistas españoles...

- Pero, Usted es español... -interrumpió nuevamente José.

- Sí, pero mi patria es el dinero. Ya se lo dije. Si quiere que le confiese, a mí, particularmente, todo esto me tiene sin cuidado. Hago de correo, me pagan por ello y basta.

- No creo que sea tan así... Seguramente Usted gana mucho más haciendo contrabando en las fronteras, que corriendo veinte leguas en un mal caballo a convencer a un indiano europeizado que le haga la posta con un comprometedor sobre lleno de mentiras.

Otra vez Aguado se sobresaltó ante la clarividencia del joven militar. Ya no había demasiado margen para falsedades, ni mucho tiempo para discutir. Había calculado que, a lo sumo el asunto llevaría un par de horas, y luego correría al pueblo más cercano a conectar con la diligencia que en más o menos una jornada, lo pondría en el Pirineo a fin de atender sus negocios. El jovencito era duro, debía jugarse a fondo.

- Mire, San Martín, ahorremos tiempo y palabras los dos. Yo sé quién es Usted. Precisamente en uno de estos documentos habla de cosas tuyas que, sospecho, ni Usted mismo recuerda. Sé qué clase de hombre es, qué piensa y cómo actúa. Si Usted no lleva la documentación a Cadiz, nadie lo hará... por el momento... Más adelante, algún día,

encontraremos a otro que lo haga. Esto concluirá en una lastimosa pérdida de tiempo... pero a la larga o a la corta, el material llegará a destino... y el efecto de las acciones revolucionarias, en meses más o en meses menos, se concretarán ... con usted o sin usted... Tiene aquí una fenomenal oportunidad, tómelala!! ... Lo convencí?

- No lo sé... Pero dígame Por qué yo?

Aguado se sobresató. Esperaba esa pregunta, pero confiaba en no tener que responderla. Sabía, por experiencia, que cuanto menos información brindara, más seguro estaba él. Ahora estaba frito. Tendría que agregar varios datos que hubiese deseado ahorrar.

Hizo un corto silencio y contestó:

- Porque es usted americano, valiente y muy capaz

- Eso no explica nada. Quiero saber cómo y por qué llega usted a mi.

“Putá madre - pensó el atribulado espía - No me va a aflojar”

- Podría contestarle: Porque me lo ordenaron

- Y yo le preguntaría: Quién se lo ordenó.

- Y yo le contestaría que eso no es de su incumbencia

- Y yo lo hago fusilar aquí mismo y ahora “Coronel” Aguado.

Aguado meditó un instante y agregó con un hilo de voz:

- Beresford

- Qué? Repítamelo.

- Beresford

- Usted delira. Mire, es mejor que se marche

- Espere. No se agite, Todo tiene su explicación.

- La estoy esperando - Acotó muy enojado San Martín.

- Los enemigos de hoy son los aliados de ayer, y los socios de mañana. Aquí (Golpeó el paquete)÷ se explica todo. Pero ya que insiste, le agregaré algo más.

- Hágalo ya!

- Recuerda “La Arjonilla”³

- Si, claro. Cómo no recordarlo

- Su comandante lo premió con un ascenso

- Dígame algo que yo no sepa.

- Bueno Pues desde entonces la “Compañía” tiene los ojos puestos en usted.

- La Compañía? Qué Compañía? - José no podía disimular su perplejidad.

- La entidad más poderosa e influyente de estos tiempos

- Aclare

“ Maldito indiano, me tiene acorralado”

- Una empresa de origen inglés La Compañía de las Indias Orientales Que con aportes franceses, masones y laicos de todo el mundo intenta monopolizar todo el comercio mundial, con un beneficio económico considerable.

- Y usted pretende decirme que Beresford es parte de eso?

- Lo afirmo.

- Usted es un maldito mentiroso

- Le pediría que me escuche hasta el final.

San Martín, muy serio, se reclinó y fijó sus ojos negros y duros en el rostro de Alejandro, urgiéndolo a continuar.

- Inglaterra, hace menos de 5 años, invadió su tierra natal, y no les fue nada bien.

- Lo sé.

- Lo que usted no sabe es que el único objetivo que tenía ese intento, era asegurar una base de operaciones comerciales en el Río de la Plata, vía alternativa a Cape Town para la India.

- Y qué juega Francia en todo esto?

Mi querido San Martín. Son socios. Siempre lo serán. La alianza de Inglaterra y España me hace acordar a esa fábula en la que el lobo cuidaba de las ovejas.

San Martín sonrió amargamente y dio una larga pitada a su cigarro.

Aguado continuó.

- el mundo actual es un caos. Y la Compañía espera sacar mucho provecho de este “río revuelto”.

- Deplorable

- Pero posible. Vea, así todos ganan. Pero, si Fernando VII vuelve al trono, e instala su capital en Lima.

- Todo se va al carajo.

- Efectivamente

- Y usted. Usted también se va al carajo - dijo José con firmeza, pero con un dejo de amargura en la voz.

- No se ponga mal, teniente coronel... Una de las muchas cosas que sabemos de Usted es que arde en deseos de regresar a la tierra que lo vio nacer... no sé bien por qué... Usted sabrá... pero...aquí hay una oportunidad de hacer algo por eso. Por su tierra, digo.

Se hizo un corto silencio en el que los dos hombres cruzaron punzantes miradas. San Martín torció la cabeza y perdió la vista en la oscuridad que se extendía más allá de los húmedos vidrios del ventanal. Veía claramente las imágenes que recurrentemente aparecían inundando sus pensamientos. Grandes planicies, tupidos bosques, enormes y coloridas aves, tibios inviernos y tórridos veranos; y ese olor... ese olor a madera recién

cortada, a brea y a césped fresco, humedecido por el rocío de plácidos otoños. Dio una última pitada al cigarro y lo aplastó contra el plato sucio. Chasqueó la lengua y comenzó a hablar en un tono bajo pero sonoro.

- Estimado “señor” Aguado -dijo, recalcando una vez más “señor” - No sé de dónde saca Usted tanta información y tantas mentiras. Dice que deseo volver a mi país; y es cierto. En algún momento de mi vida volveré. Era muy chico cuando mis padres me trajeron a España, pero siempre, y desde entonces, no he deseado otra cosa. Pero esto no va a ser a costa de traicionar una causa por la que he peleado más de 20 años. Y menos por dinero.

- No traiciona ninguna causa. Su causa es, como la de muchos, la libertad y el progreso. Créame, también es la mía. Y pensamos que es allí, en América, dónde se va a decidir el futuro de ésta causa, nuestra causa.

- América no es un perro al que cualquier aventurero pueda ponerle su propio collar.

- No?

- Eso es algo que una mente mercantilista como la suya no podrá entender jamás.

- Es muy curioso... Yo he hablado con otros americanos que, como Usted, dejaron su tierra de niños, viven aquí; y todos sienten igual. No puedo entender qué es lo que ven en esos terrenos inhóspitos y lejanos... no lo entiendo...

La duda de Aguado no era fingida. José lo percibió y se aflojó. El tipo era sincero. Al menos en eso.

- Es fácil. América no es simplemente un continente que uno pisa y en el que vive. América entra por los ojos, los oídos, por la nariz, por la boca, por todos los poros... Los aromas, los sabores, los sonidos... las imposibles distancias... la voluptuosidad de sus mujeres...

- Ah! - sonrió Alejandro - Ya me parecía que el joven indiano pensaba en “otra cosa”.

- Te equivocas, “gachupín”, no pienso en “eso” -dijo con enojo San Martín.

- Epa!, sin ofensas...

- Sin ofensas. Tú me has dicho “indiano” y yo te digo “gachupín” -y le echó una feroz mirada.

“Putra madre, qué gilipollas, ya lo tenía y me sale, sin querer, una estúpida palabra que lo arruina todo”, pensó Aguado.

- Perdone, coronel. Es que comenzó a crearse un clima de cierta cercanía, de amistad, y se me escapó un apelativo que, no por fuerte deja de ser afectuoso ...

- Amistoso las pelotas! Además... no entiendo... español? o francés?... Quién eres finalmente?

- Nada... no soy nada... soy un judío amante del dinero... eso soy... y espía... un espía profesional... Ja!... nada más.

- Y contrabandista...
- Quizás...
- Y embaucador...
- No he mentido...
- Y gran actor...
- Y... muy buen amigo, si me dan la oportunidad...
- Carajo! Es difícil vencerte! - José alzó su copa, sonriente, y bebió un largo trago
- Y a ti también... Solo espero convencerte. Salud! - Y alzando una mano, gritó:
- Niña!! más vino!!
- No... ya basta. Igual ...no creo que me con-venzas...
- Déjame intentarlo una vez más.
- Sea.

Alejandro carraspeó, miró la copa vacía, tomó la jarra y dejó caer las últimas gotas sobre su lengua húmeda y larga.

- Está bien, pide más vino - Autorizó San Martín sonriendo.

Rápidamente apareció la criada con otra jarra repleta.

Aguado sirvió las dos copas y apuró la suya de un trago.

- Entre estos documentos figuran, amén de otras cosas, un detalle de los recursos en bienes y materiales con que cuentan el Virreinato del Río de la Plata y el del Perú. Es obvio que, de llegar estos datos a manos erróneas, los españoles - que lo ignoran todo de sus propios dominios - tendrán una cabal idea de lo mucho que pueden perder si esas colonias se independizan, así como cuánto les costará sostener la región más pobre en oro y recursos metálicos (esa del Río de la Plata). Pero, paralelamente, y ante un analista avisado (y así son los franceses), saltará a la vista que ésta es precisamente la zona que más puede ofrecer en mercaderías esenciales para el sustento futuro. Tierras, cultivos, alimentos... Tu sabes ...

Nadie pretende avisar a España - y me refiero a la España tradicionalista - de este dato, pero sí que sirva como punto de partida para esa fuerza emancipadora que comienza a gestarse y que tan cara es a los intereses de Francia ÷ y de la Compañía.

- Mulas, al fin... pero con otra montura...Y otro jinete...

- No, mi querido amigo. No es tan así. Si bien Francia posee el mejor ejército del mundo, no tiene nada que hacer contra el poderío naval inglés (o español); y es precisamente por esto que le conviene más emancipar que invadir. De cualquier modo, esto también es un buen negocio para los americanos, ya que puestos a comerciar, no tendrán más remedio que hacerlo con España o Inglaterra.

- Entonces?...

- Entonces, Francia apuesta a que se tendrán que derivar recursos de guerra de la península al continente americano, se impedirá el traslado de la corona allá, y se van a dejar de joder con esta estúpida guerra que la distrae de otros frentes más importantes...

Está claro?

- Como el agua...

- Entonces?

- Lo pensaré.

- No tienes tiempo.

- Te equivocas. Como bien dijiste, existe todo el tiempo del mundo... Alguien lo hará, si no yo...Otro ...Otros ... Mañana te contesto.

- No... Esta noche!... Ahora!!

- No pierdas la calma, mi querido Alejandro, si he dicho mañana, será mañana... Que tus negocios fronterizos esperen un día más, no va a dañar a nadie. En cuanto a tus jefes, diles que no me encontraste aquí y que tuviste que viajar bastante para hallarme...

- Pero... eso es mentir - dijo Aguado socarronamente.

- Por cierto... pero tampoco una mentira más te hará daño.

San Martín se levantó y sin mirarlo dejó el salón.

Aguado se quedó solo, bebiendo lentamente de la nueva jarra y repasando mentalmente toda la conversación.

Era evidente que su argumento más fuerte - los trescientos pesos - no había tenido ningún efecto. El tipo era íntegro, moral, inteligente y tremendamente fiel a su causa. Pero qué causa era esta?... *“A qué juega este hombre”*, pensaba. Quizá no había sabido presentar el tema de una forma tentadora... irresistible... y había perdido... perdido tiempo, lo cual era mucho. *“Bah! - Pensó - Una noche más, que importa”*

Tragó el último vaso de vino y se levantó para conseguir más bebida y cobijo por la noche. El portafolios le incomodaba más que nunca pero lo abrazó y se encaminó a la puerta de la taberna.

Arriba, en su cuarto, José se desabrochó totalmente la chaqueta, se la quitó y la arrojó sobre una silla. Se sentó en la cama y comenzó, lentamente, a aflojar su corbatín mientras pensaba.

“Parece un buen tipo... atolondrado y vivillo, pero buena persona. Aguado Aguado No había un Aguado en el Campo de Mayo de Sevilla? Entre los voluntarios? Será éste aquel mismo Aguado? Igual Nada le hubiera costado seguir regateando y subir la oferta económica, pero prefirió convencerme con argumentos políticos. Bien rápido se dio cuenta que ésa no era la forma. Pero... qué pasa? Tendrá razón el “gachupín”?... Será cierto que hay una confabulación para instalar allá el gobierno? No lo creo... Por otra

parte, Washington aceptó la ayuda de Francia, y tan mal no le fue... Pero eran otros tiempos... No estaba Bonaparte afincado en el poder como lo está hoy... Igualmente los americanos del norte, llevan ya 35 años dedicados a lo suyo sin joder a nadie... Algún día serán una gran nación, De todas maneras... en cincuenta años más, todos los países serán repúblicas... o no serán nada... Eso. Eso podría ser el mejor freno a las ambiciones de cualquier "Compañía" presente o futura"

Terminó de desvestirse, se metió en la cama y apagó el velón con un golpe de la daga que guardó desenvainada bajo la dura almohada.

No pudo dormir. Muchos años de trajines y vaivenes entre "godos", nobles y señores le habían afianzado un convencimiento cada vez más profundo de que la verdadera felicidad de los pueblos está en la capacidad de sus gobernantes, y que esto no se transmite por herencia. Se elige. Sabía, también, por la triste experiencia de su admirado Solano⁴, que las revueltas impulsadas por el odio y la intemperancia, invariablemente conducen al desastre y a la guerra civil. Quizás ésta era una muy tentadora oportunidad para acercarse al grupo de oficiales e intelectuales que hacía rato pululaban por la España libre (Cadiz) organizando logias y reuniones secretas, y a las que él no había podido ingresar cabalmente. Conocía a los personajes, era cierto, pero de algún modo lo importante y secreto quedaba fuera de su alcance. "*Seguramente desconfían de mi sentido del deber y en algún lado tienen razón*", pensó. "*Jamás contrariaría una orden o una comisión*"... Pero sabía, que hay "órdenes" y "comisiones" que no nacen de un jefe terrenal, sino que vienen de lo más profundo de las convicciones humanas. "*Nadie puede contrariar su destino*", alcanzó a pensar y se quedó profundamente dormido.

Antes de la salida del sol, estaba en pie. Meó en el orinal, se lavó la cara y la boca en la jofaina y se vistió calzando todas sus armas (sable, daga y pistolón). Salió al pasillo y descendió rápidamente la escalera para levantar a sus hombres que dormían aún en los altos del patio. Al pasar por la taberna, vio la figura oscura y encorvada de Alejandro dormido sobre una mesa, abrazando el portafolios con un mano y sosteniendo una pistola en la otra.

"*Lo voy a jorobar*" pensó, desenfundando su arma. Se acercó sigilosamente por detrás del dormido y, apuntándole a la cabeza, le apoyó el frío cañón al tiempo que gritaba:

- La bolsa o la vida, "maturrango"...

El otro pegó un brinco, amartillando su arma en un acto reflejo.

- Eh!... Qué mierda!!...

- Tranquilo, Aguado... Soy yo... José...

Tardó unos instantes en reaccionar, soltando el arma.

- La puta que te parió, pendejo... Podría haberte matado

- Tendrías que estar despierto para eso... Por otra parte, yo podría haber robado esos papeles y entregarlos a mis superiores... provocando el rotundo fracaso de tu misión...

Bonita custodia han contratado tus amigos.

- Me quedé dormido hace sólo unos instantes - se excusó Alejandro - Pasé la noche dudando entre matarte, huir o esperar que te decidas.

- Y bebiendo.

- Algo.

- Ve, sube a mi cuarto, lávate la cara y haz todo lo que sea menester, mientras yo preparo a mis hombres... y el desayuno.

- Gracias...

Se paró trabajosamente y encaró hacia la puerta.

- Eh! -lo atajó San Martín- Ese cartapacio se queda conmigo. Tu puedes perderlo.

- Ja! - gritó Aguado - Finalmente te convencí!.

- Por el momento. Te espero al frente, en el vivac, con café y galletas.

Aguado le tendió el portafolios y salió. San Martín lo sopesó y sintió correr por sus brazos un fuerte flujo eléctrico que le llegó al corazón. "América... ahora sí que iré a América..."

Ya estaban todos montados y listos para partir, cuando apareció Aguado en la puerta de la posada, cargando sus enseres y llamando al postillón. En el fogón del patio aún ardían unas brasas y sobre ellas un jarro con café humeaba tentador.

- Estás más despierto? -preguntó José desde el caballo.

- Algo... Debo darte las últimas instrucciones -agregó.

- Claro.

- Verás a Alvear, y sólo le entregarás el paquete cuando te franquee la entrada a la sociedad que regentea... entiendes?

- Entiendo.

- Allí te dará un sobre lacrado que es sólo para ti, el cual debes leer, memorizar y luego destruir... Suerte... "indiano"... cuídate y recuérdame como a un amigo...

- Creo que te olvidas de algo...

- Qué?

- Los trescientos pesos...

- Pero... - Aguado quedó perplejo - creí que...

- Creíste mal.

- Espera.

Se agachó sobre su petate y comenzó a revolver buscando la bolsa del dinero, mientras pugnaba por entender los raros vericuetos de la mente humana. Estaba convencido que el severo joven oficial no le cobraría. Y se equivocó. Siempre se equivocaba con él. Encontró la bolsa y se la tendió.

San Martín no la tomó. Riendo le dijo:

- Te cobro más que eso... Tomarás ese dinero y harás una obra de caridad en nombre de los dos... Entiendes... de los dos... No importa si es aquí o en Francia, o en la China... Pero si no lo haces, me enteraré y vendré a matarte... no lo dudes...

Espoleó su caballo y partió al galope seguido de sus hombres, mudos testigos de la escena.

Aguado quedó solo y perplejo. "Qué hombre!" pensó. Guardó la bolsa y se dirigió a la humeante jarra de café.

"San Martín. San Martín. No había un San Martín en el Campo de Mayo de Sevilla cuando me enlisté como voluntario?"

1814

Viena, mayo de 1814

Querido José:

Si algo habrás aprendido de nuestro ocasional encuentro, y de todas las vicisitudes que has transcurrido en estos años, es que a ciertas cartas no se las guarda, se las quema; y yo quemo todo lo que llega a mis manos, incluyendo tu muy larga y afectuosa de hace ya más de dos años.

Han pasado muchas cosas entretanto y francamente olvidé su contenido aunque siempre guardé el más sincero alborozo por el tono amable de aquellas líneas.

Notarás por el timbrado que estoy gozando de un frío invierno en Austria, aún teniendo en cuenta que la calidez de estas gentes abriga el alma, y los sentidos, por ser los vieneses personas de la mejor calidad.

Di aquí con mis huesos pues, caído el Emperador (tirano, según tú), las cosas no se pusieron muy buenas para mí ni en Francia (sin apoyo) ni en España (con un restaurado Fernando VII, padre de todos los imbéciles del planeta).

Entonces decidí emprender ruta al este, esperando que los ánimos se calmen y se olviden un poco de mí.

Encontré paz y sosiego, amén de algún negocio, en esta magnífica ciudad, capital europea de la cultura y las finanzas. Viven aquí personas que he gozado mucho en conocer. Entre ellos, una familia de origen italiano -los Brentano- que reúnen en su casa a personajes de las más variadas condiciones. Hay entre ellos artistas, banqueros, nobles y militares del tipo y la clase que prefieras; y las veladas generalmente culminan en ruidosa algarabía, generalmente amenizadas por músicos y poetas. Ayer mismo, se presentó un extraño personaje, feo, gordo y desaliñado que, sordo y todo, ejecuta el piano con singular maestría. (Dicen que, además, compone fantásticas sinfonías) Esto me inspiró a dedicar algunos pocos recursos al mecenazgo artístico, que me da mucho placer y curiosamente, me trajo más y más negocio... sin querer.

Pero discúlpame por perderme en cuentos que nada te interesan, menos aún sabiendo que estás abocado a guerrear en aquellas tierras, tratando de limpiar el intrincado berenjenal en el que te metí.

Seguramente querrás saber qué fue de tus infaustas trescientas monedas. Pues bien. Hice una obra de caridad... para conmigo mismo... y a nombre de los dos; lo que hice lo mantengo en secreto por ahora.

Si quieres matarme, estás en tu derecho. Sólo tendrás que encontrarme, y esto no es fácil. Dos cosas más. Una: me casé y estoy lidiando con una poco organizada pero feliz familia. Dos: Viena me ha dado la oportunidad de abandonar mi antiguo negocio fronterizo de exportación e importación, para dedicar mis habilidades al menos riesgoso pero igualmente rentable negocio de banquero.

Ruego a tu Dios que te proteja, y a ti que no seas muy rudo con los “gachupines” o “maturrangos” que, pese a todo son tus hermanos.

Siempre tu amigo:

Alejandro

a suntuosa habitación, oscura y húmeda, estaba apenas iluminada por la tenue llama de una vela de noche ubicada bajo un cuadro cuzqueño con la imagen del Sagrado Corazón. Ella dormía profundamente, cubierta solamente por un traslúcido camisón de hilo.

El, fumaba tendido de espaldas a su lado; el torso desnudo, los calzones sueltos y los pies al aire.

Soltaba volutas de espeso humo, y las seguía con la mirada, perdido en la maraña de pensamientos que constantemente lo abrumaban.

Un soplo de angustia le corrió desde el estómago hasta el cuello, obligándolo a tragar saliva y a evitar que los ojos se le inundaran de lágrimas. ‘Mercedes... mi pequeña

Mercedes...” pensó. “Cómo serás?... Bella, dulce... o malcriada... Tu piel... cómo es la piel de un bebe?... su olor... qué se siente cuando a uno lo abraza un niño, y respira en tu oído...? Dios... Remedios... nadie me explicó nunca qué hacer en estos casos... No sé qué hacer... no sé qué hacer...Las traiciones me enferman y los deberes me abruman... Aunque presiento que hay algunos deberes que son más deberes que otros...”

Se rascó la cicatriz de una vieja y profunda herida en el pecho, pitó una vez más, y se incorporó quejándose de dolor de estómago.

- Eh?... Qué? - masculló ella sin moverse.

- Shh!!, nada... nada... -y saltó de la cama.

Caminó hasta el tocador y tomando un pequeño frasco bebió un largo trago al tiempo que aplastaba la colilla del cigarro sobre un plato. Fue hasta el escritorio que estaba cerca de la ventana y encendió el velón.

Afuera, la noche húmeda y neblinosa amortiguaba las rítmicas pisadas de los soldados de la guardia de la casa de gobierno.

- El General trabaja - ironizó uno, señalando con el pulgar izquierdo la ventana que acababa de iluminarse y agregando un gesto inconfundible con el puño cerrado de la mano derecha.

- Bah! -dijo el otro, aburrido y siguió su ronda.

José, se rascó la cabeza, tomó una hoja del paquete de papeles sin membretes, tomó la pluma y comenzó a escribir lentamente:

1821

“Lima, agosto de 1821

Estimadísimo Alejandro:

Dijiste una vez, que cien años no son nada. Mucho menos, entonces son los siete años que han pasado sin que tuviese yo la amabilidad de escribirte.

Son ya famosas, en esta corte limeña, las historias de tu fortuna y las de tus idas y venidas entre Fernando y Luis. Mucho lamento que, en lugar de acertarte un tiro, te hayan dado el título de Marqués de las Marismas. Cuán confundidos deben estar esos pobres gobernantes, que no saben distinguir a un noble de un farsante que contrabandea aceitunas y perfumes, bajo la máscara de mecenas del arte y las buenas obras de caridad, adosada a tus inmensas riquezas.

Mi riqueza. aquí, son los problemas; pues es muy difícil (sino imposible) imaginar el hatajo de retrasados mentales que me rodean, critican y hostigan, intentando obligarme a tomar decisiones absolutamente equivocadas.

Siento danzar en mí la angustia de una familia perdida, y, no tengo fuerzas ya, ni físicas ni políticas ni militares, para soportar todo el peso de las oscuras traiciones. Aún así, y haciendo un tremendo esfuerzo, he impuesto algunos hechos de esos de los que no se regresa.

Nadie va a poder, por siglos, echar marcha atrás con muchos de los cambios que he operado en esta extraña sociedad y, si alguna vez, algún trasnochado gobernante europeo elige poner sus garras en estas tierras, se va a encontrar con que la conciencia de estas gentes ha cambiado tanto que le mirarán perplejos y le dirán: “Y tú... a qué vienes con esos aires de señor a esta parte del mundo? Vuélvete, ridículo, no solo somos libres, también somos cultos y capaces...”

Les he encajado una Biblioteca, les he quitado la moda del clientelazgo con los indios (que aquí llaman eufemísticamente “criados”), decreté la libertad de vientres y de imprenta, y además (y esto fue una acción personal y descolgada) declaré que no es infamante ni inmoral la profesión de actor.

Pues bien, todo esto se ha vuelto en mi contra. A través de la prensa que yo hice libre me critican y vilipendian, tratándome de loco y traidor. Hasta los actores, en una reciente función nocturna (a la que no asistí), me han caricaturizado haciendo correr el rumor que tengo amoríos con una bella dama criolla.

Es cierto, y no me arrepiento un ápice.

Rosa es bella, valiente e inteligente como la que más y su consejo y amistad me han servido para sobrellevar tanta injundia e idiotez.

Preparo cuidadosamente mi próxima entrevista con Bolívar, de la que espero obtener un último espaldarazo para concluir la misión que me movió a llegar hasta este punto. De no poder convencerle (y en esto pongo todo mi empeño) me retiraré volviendo al Sur, a mi tierra, donde me espera una pequeña hija y una finca de la que pienso extraer los recursos de mi sustento futuro. He cumplido.

Todo aquello que se pedía en el famoso carpetón que me entregaste está hecho. El resto, es cosa de la historia.

A propósito... de todo el material que contenía, solo una parte llegó a manos de su destinatario. El resto, como supondrás, fue incinerado después de ser prolijamente memorizado...”

Estaba a punto de poner la rúbrica, cuando un murmullo en la cama lo distrajo.

- Hum... Qué haces?...

- Nada... nada... escribo...

- No has dormido...

- No -dijo secamente, al tiempo que escondía la hoja entremedio de otros papeles personales.

- Quizás deba irme. Está por amanecer -dijo la mujer mientras se levantaba de la cama dejando ver unas piernas flacas, fuertes y muy bonitas.

- Sí... mejor -agregó José, pensando en otra cosa.

Rosa buscó sus prendas desparramadas y entró con ellas al toilette contiguo.

José se levantó serio, pensativo, buscó una camisa y se la puso, abrochándola lentamente.

En el escritorio, entre el montón de papeles, la carta quedó olvidada.

“Valparaíso, octubre de 1822

Perdóname, querido amigo, por haberte olvidado perdido en un cajón, pero los hechos que he vivido no me dejaron tiempo para la más leve distracción.

Lima, Guayaquil, y el retiro. Veremos lo que la historia tenga para decir. Yo creo haber decidido lo mejor.

Quise pasar por Chile a mi regreso de Lima, y abrazar a mi muy querido amigo Bernardo, pero los acontecimientos no me lo han de permitir.

He descubierto que existen en el mundo dos clases de truhanes. Los que son como tú, útiles a los demás; y los que son como Cochrane, hipócritas e inescrupulosos; capaces de enlodar hasta su madre con tal de salirse con la suya.

Ha predispuesto a medio gobierno chileno en contra mía, alegando que me robé los tesoros del Perú, y no sé cuantas otras mentiras.

Sólo he traído conmigo ciento veinte pesos, el estandarte del loco Pizarro, y ni una sola riqueza más. Pero eso no importa... Igual soy, a su modo, un peligroso traidor.

El muy maldito ha convenido, con una pseudo-cronista compatriota suya, una campaña de prensa en mi contra, que más parece una maniobra militar que un esfuerzo de esclarecimiento público.

No sé pelear esas batallas. La complicada estrategia de las letras injundiosas y la maledicencia es el estilo de los pobres de espíritu.

Que los cañones de la historia se encarguen de ellos.

Yo voy rumbo a Mendoza. Remedios está muy mal y deseo que descanse allí, y, de ser posible se recupere de su enfermedad en mi ínsula cuyana.

La pobreza no me asusta. Sólo deseo la paz imprescindible para cuidar y gozar de mi familia el resto de vida que me quede.

Te recuerda, tu amigo:

José Francisco

1823

Qué injusta es la vida, a veces...” pensó Alejandro mientras doblaba prolijamente la carta, la encintaba y buscaba el lacre para cerrarla.

“No me animé a darle mis condolencias y en cambio, no hice otra cosa que comentar sobre mí, como siempre... Bueno, ya está. Soy y seré un cobarde, aunque no dejo de pensar en lo fuerte que tiene que haberle resultado tan jodida noticia. No sé si la amaba. Pienso que no. Pienso que fue uno de esos casamientos que se arman por la sola conveniencia de las partes. Por lo poco que sé, este Escalada es un hombre de bien, decente, inteligente, que debe haber percibido el enorme potencial de mi querido José, y se apuró a entregarle a su hija. Parco y medido como es, debe haber creído que también se esperaba de él que contrajera matrimonio con una rica heredera. Vaya uno a saber. Lo cierto es que, conociéndolo, debe haber sentido un fuerte golpe. Más por su juventud (de ella) y la hija tan pequeña, que por ninguna otra cosa. Bueno. Sé que es un tipo sensible y que saber del sufrimiento que pudo ella padecer no deja incólume a nadie... En fin...”

Se quedó pensativo unos instantes, y como atacado por una súbita energía, arrancó el lazo y desdobló la carta planchándola con ambas manos sobre el escritorio, tomó la pluma y anotó:

PD:Tu cobarde amigo, ha evitado enviar su más sincero pésame por la muerte de tu esposa.

Perdónalo, y aún así, cuenta con él para lo que decidas o creas necesitar en adelante. Tu pequeña hija tendrá su educación garantizada. Lo prometo.

Un abrazo

El otro Alejandro.

Ahora sí, dobló la carta, la encintó y la lacró e hizo sonar tres veces la campanilla, llamando a un sirviente.

Desde la Rue de Provence hasta el río hay algo menos de un kilómetro en línea recta, y en los mediodías húmedos y brumosos, es necesario recorrer esas cuerdas con cierto cuidado, pues el pavimento se pone bastante resbaladizo.

Caminaba serio, erguido, pero cuidando los pasos, concentrado en el camino para no patinar, apoyándose de vez en cuando en el fuerte bastón de haya.

Llegó a la ribera algo agitado y se detuvo a descansar. El panorama era gris pero ciertamente luminoso. (París siempre es luminoso en primavera, aunque llueva todo el tiempo).

“Curiosa nota” pensó. Decía: “A las tres, junto al río, ribera izquierda, a unos 300 metros río abajo de la Rue de L’Aiglon. Te espero. A.”

Estaba seguro de saber quién la enviaba, pero aún así dudaba. Tantos años, tantas cosas. Sabría reconocerlo? Y, aún reconociéndolo sería el mismo? Habrá cambiado?... Y yo... me reconocerá él a mí?...

De todas maneras, el encuentro no iba a modificar su rutina diaria de pasear algunos kilómetros, hiciera frío o calor, lloviera o hubiera sol. Desde que Mercedes partió a Buenos Aires, estaba solo, muy solo, y en esas largas caminatas, podía respirar hondo, dejar volar los recuerdos, y, de algún modo, sentirse acompañado por la gente que lo rodeaba indiferente.

Torció a la izquierda y avanzó tranquilamente los trescientos metros que lo separaban del punto de encuentro.

El Sena bajaba tranquilo, turbio y oloroso como siempre.

Apoiado en la balaustrada, y con los ojos en el infinito, José esperaba, tranquilo. A pesar del bastón, se mantenía erguido y firme, aunque su cabeza - blanca en canas - y sus manos - rugosas y tiesas - hablaban de lo implacable del paso del tiempo.

No se percató que el otro se acercaba hasta que estuvo a menos de un paso de él. Giró, y se enfrentó a un hombre bajo, algo gordo, también canoso, con la piel de la cara muy blanca y salpicada de pecas. Unos ojos azules lo miraban sonrientes.

- Alejandro?...

- Aún...

Se confundieron en un fuerte y prolongado abrazo, mascullando al unísono palabras entrecortadas de afecto y emoción.

- Mi querido contrabandista...

- General de pacotilla...

- Ladrón... cuatrero...

- Indiano querido...

- Mi viejo "gachupín"...

Ambos humedecieron sus mejillas, sin querer, y queriendo, las chocaron entremezclando lágrimas cargadas con el ansia de tan demorado encuentro.

Luego, un silencio. Los ojos en los ojos, reconociéndose, volviendo más de veinte años atrás... a aquella posada del norte de España; a la juventud cargada de urgencias, fuerza y temores... a tantas guerras, a tantas muertes, a tanta vida...

- Te robaste los documentos... -dijo Alejandro con la voz aún un poco quebrada.

- Sólo algunos...

- Lo supuse ...

- Si?

- Sí... Pero... cómo estás?... cómo te trata el ostracismo?

- Más o menos...

- Más? o menos?

- Menos...

- Sé que estás en la ruina

- Oh! No! - No hablo de dinero. Pienso en mi familia, allá en Buenos Aires, tratando de conseguir un modesto lugar donde acomodar sus vidas, y...

- Increíble! - Interrumpió Aguado - Con toda tu fama !

- Fama? La fama es lo que más problemas me ha traído.

- Cuéntame

- No es muy agradable hablar de eso. Qué quieres? Que te cuente de mis penurias al llegar a Francia, dónde por poco no me encarcelan? De mis afanes por vivir en paz en Bruselas, dónde me acosaron para que siguiera guerreando? O del más grande error de mi vida?

- Cual?

- Intentar volver a Buenos Aires sin la información correcta y tener que regresar con la cola entre las patas...

- Te faltó un amigo que te ilustrara - Dijo, con sorna Alejandro.

- Cierto

- Y tu familia?

- Mercedes se casó con un magnífico muchacho, hijo de un antiguo camarada; y partió con el al Plata.

Alzó la vista y la mirada se perdió entre las nubes que corrían hacia el sur.

- Quiero que me digas, con franqueza, qué es lo que necesitas.
- Nada; No necesito nada.
- Mientes, indiano. Un poco de afecto y de amistad no te vendrían nada mal. Ya que no aceptas otra cosa...
- Seguramente - Acordó con tristeza San Martín.
- Aquí los tienes. Resulta que soy suficientemente rico y poderoso como para hacer por ti lo que sea.
- De verdad?
- Sí. De verdad. Tú tienes mucho que ver con mi bonanza. En cierta forma te lo debo todo a ti.
- A mí?
- Sí, a ti.
- No veo cómo...
- Nunca, óyeme bien, nunca dejé de tener muy presente aquella despedida. Aún hoy, si cierro los ojos, veo volar el bolso de monedas de oro de tus manos a las mías, y oigo, claramente, tus palabras: “Te voy a cobrar más que eso...”. Y así fue, me salió mucho más caro. En un primer momento no entendí bien la cosa y pensé en embolsarme el dinero (total, ya lo había hecho antes) y decir que todo había salido tal cual lo planeado, y en cierta forma así lo hice. Solo que, con el correr de los días, las monedas me quemaban. Cada vez que pensaba en gastarlas en mi provecho, aparecía tu fiera mirada y resonaban en mis oídos tus palabras: “Te voy a cobrar más que eso...”
- Ja! Ja!
- No te rías. Fue muy duro. Finalmente, ya cansado de deambular con semejante carga, decidí que era hora de hacer algo. La casualidad hizo que me cruzara con un talentoso pero indigente artista del óleo y el lienzo y le compré toda su obra futura. El pobre diablo no entendía nada. Pensaba que lo estaba esclavizando, y a la vez ardía de emoción por verse con algún dinero para solventar su triste devenir cotidiano. Como el sujeto tenía realmente bastante talento, y los franceses son muy sensibles a la buena pintura, muchas de sus obras se vendieron muy bien y con esto, sin querer, tripliqué la inversión. Esas ganancias me quemaban más aún que el capital inicial, y busqué otro pobre diablo para que se gastara todo. En Viena, encontré a varios poetas, músicos y pintores a los que propuse el mismo acuerdo. Otra vez el éxito de ellos fue mi perdición. No sólo no lograba deshacerme de tus malditas monedas, sino que crecían más y más. Parecía un castigo divino. Dios se había confabulado con el diablo para hacerme sufrir esperando tu castigo...
- El cuál aún puede llegar - Interrumpió José sonriendo.

- Claro... claro... Lo cierto es que, junto a mis negocios de banquero, que mucha ganancia me daban, terminé con una colección de objetos de arte, que dicen es la más valiosa de Europa, y con una corte de amigos artistas que se encargan de difundir, en cuanta reunión existe, lo generoso y culto que soy... lo cual a su vez les predispone a los magnates a hacer negocios conmigo y a que todos ganemos más dinero... Y todo, por tu culpa...

- Alejandro!... no me culpes a mí de tu endiablada estrella... Me congratulo en saber que no has cambiado nada (odio a la gente que cambia según las circunstancias), sigues siendo el mismo inescrupuloso seductor que conociera aquella vez... y eso está bien...

- Gracias!... De todas maneras, amasé tal fortuna que, obviamente, debía terminar cerca del poder... Así que me aboqué a influir en los nobles y políticos intentando que no cometieran más estupideces que las socialmente tolerables... Llegué a evitar una guerra, pagando de mi bolsillo una absurda deuda que Inglaterra reclamaba a Francia, y apoyé con toda mi fuerza a la 2ª República...

- Bien hecho!

Caminaban lentamente por la orilla izquierda, río abajo, acompañados del suave rumor del agua azul plomiza y del canto y revoloteo de gorriones y ruiseñores.

Al fondo, a unos cien metros, se distinguía la silueta de un puente en construcción.

Los pilares, robustos y perfectos, se hundían en el Sena provocando remolinos en la suave correntada. Desde ellos, y apuntando al cielo, surgían unas torres muy derechas alrededor de las cuales pululaban muchos hombres atentos a los peligros de semejante obra.

Alejandro se detuvo y forzó a su amigo a mirar el paisaje.

- Qué te parece?

- Fantástico. Bello paisaje... y una gran obra... Ojalá los países de América dedicaran sus recursos a estas cosas en lugar de gastar tanto dinero en matarse entre sí... Después de todo, independencia también es puentes, caminos, escuelas, hospitales, teatro... en fin, todo aquello que haga a la mejor calidad de vida de la gente... Francia utiliza sabiamente sus recursos...

- Francia no... yo...

- Qué?... Tú? - San Martín, perplejo, giró mirando a su amigo.

- Sí... yo estoy financiando ese puente.

- Y cobrarás por cruzarlo, supongo... - dijo socarronamente.

- No. Nada de eso. Espero perder íntegramente el dinero que cuesta... Lo hago porque sí... porque creo que será útil... nada más...

- Bravo! Alejandro... te has salvado de mi castigo. En lugar de fusilarte, déjame felicitarte francamente - Y cambiando de mano el bastón, le palmeó fuertemente la espalda.

Se hizo un breve silencio. Alejandro suspiró profundamente, y tomando del brazo a José, arrancó a caminar hacia el puente.

- Como siempre, he monopolizado la conversación hablando de mí mismo... Háblame de ti... cuéntame... Cuéntame más.

- No hay mucho más que contar...

- Modestias a parte... maldito indiano, seguramente podrías llenar una biblioteca de anécdotas y comentarios de todo lo que hiciste.

- Nada hice que no se esperara de mí...

- Odio tus pavotas humildades, habla!... Necesito saber qué fue lo que te movió a emprender semejante hazaña...

- Hazaña?... Bah! - Y tuvo un suave acceso de tos que soportó apoyándose en el bastón.

- Hazaña, sí - Repitió Alejandro palmeándole la espalda - Qué te movió?... dímelo...

José se recompuso y carraspeó antes de contestar:

- El amor - Dijo y se calló.

- Amor? - Preguntó al rato, perplejo, Aguado.

- Sí, amor. Simple y sincero amor a la tierra... A esa tierra... Por otra parte, tú deberías saberlo. Fuiste tú quien me dio el empujón para hacer aquello que dices que hice...

- No lo digo yo... El mundo entero sabe de tus aventuras a través de ese extraño continente...

- Fue sólo el deber... deber que surgió de la información que tuve cuando tú me la entregaste.

- Te prohibí que la leyeras... -dijo Aguado con una sonrisa.

- Me invitaste a ello al prohibirlo. Yo era un joven treintañero, con la cabeza llena de ideales y el cuerpo listo a la aventura. Por aquella información, y lo que ésta implicaba, deduje que el camino de la paz y del progreso estaba, precisamente, en el plan en el que comprometí mi vida y mis afanes. La lectura de esos documentos fue crucial. En especial uno, que en forma de esquema planteaba una estrategia para conquistar Lima. Yo nunca fui bueno en el inglés, pero estando en Londres, después de dejar España, mi gran amigo Guido lo tradujo detalladamente para mí

- El Plan de Maitland⁵ - Dijo Aguado como para sí

- Sí, ese. De todas maneras, era solo un trozo de información que me guardé muy secretamente.

- De nada sirve toda la información del mundo, si no sabes qué hacer con ella... Y tú sabías... - Alejandro hizo un breve silencio y agregó - Por eso fuiste elegido...

- Quizás...

- Seguro... y como buen zorro que eres, quemaste lo importante y transmitiste lo superfluo, guardando para ti aquello que era esencial a quien aceptara desafío... Sólo que tú, a diferencia de mis... ejem!... nuestros trescientos pesos, no lo utilizaste en tu provecho sino que lo entregaste al mundo entero.

- Como tu puente...

- Mi puente?... Mi puente es de fierro y piedra... algún día se oxidará y se derrumbará... El puente que tú tendiste está hecho de esperanza, fe y progreso. Eso no se oxida, y por generaciones, los americanos tendrán que transitarlo si es que desean encontrar, en sus tierras, la paz y el bienestar que desean...

- Vaya!, te has convertido en un poeta.

- No... qué poeta ni poeta. Tu obra es mil veces más grande que la mía, y si algún orgullo siento en esta miserable vida, es haberte convencido, y hoy tenerte como amigo.

- Gracias - soltó el viejo General; y se hizo un largo silencio mientras los dos hombres bajaban lentamente por la explanada del puente en construcción.

Aguado rompió el silencio, sacudiendo suavemente la manga del abrigo de José.

- Oye!... Casi lo olvido... Toma

Extrajo un sobre de entre sus ropas y lo tendió a José

- Que es esto? - Preguntó San Martín sorprendido - No más documentos siniestros, por favor...

- No es eso - Aclaró Aguado sonriendo - Hay una casa, cerca del río; Grand Bourg la llaman; que puedes ocupar ya mismo, si deseas. Esto es el título de propiedad.

- Yo?... Para qué?... El título? Por qué?...

- Es tuya... Me costó trescientos pesos fuertes... allá por 1815...

Y bajó la explanada hacia la obra, dejando a San Martín atónito, con el sobre en la mano.

Notas

1- *Acababa de concluir la batalla de La Albuera, una de la últimas acciones españolas contra el agotado ejército francés que ocupaba España.*

2 -*Aguado, Alejandro María (1784-1842) : Banquero francés establecido en París; nacido en Sevilla en 1784; sirvió en el ejército español, donde llegó hasta el grado de coronel; en la Guerra de la Independencia se pasó al ejército invasor, e hizo la guerra a su patria como ayudante del mariscal Soult; en 1815 dejó la carrera de las armas y abrió en París una casa de comercio, lo que le llevó a hacer una crecida fortuna. Fernando VII, que pagó con el cadalso o el destierro a los que pelearon por devolverle el trono, nombró a Aguado banquero del gobierno español en París, le hizo concesión de varias propiedades y el título de marqués de las Marismas. Murió en 1842, durante un viaje a Asturias, dejando un capital de 60,000,000 de francos y una inmensa galería de pinturas.*

3 -*La Arjonilla: Combate en el que San Martín, como capitán, atacó con sólo 20 hombres una avanzada de la infantería francesa, permitiendo un resonante triunfo español en esa jornada. Su comandante (Beresford) lo ascendió a Teniente Coronel por esa osada acción.*

4- *Solano, gobernador de Cadiz en 1804, jefe y amigo de San Martín; fue linchado por una turba que reclamaba una pronta acción contra los franceses que bloqueaban el puerto, y a la que el noble general se negó a costa de su propia vida.*

5 -*R. Terragno - Maitland & San Martín - 1998 - Una muy interesante investigación sobre un plan elaborado por los ingleses en 1800 para la conquista de Lima a través de Chile*